



## LUIS SÁEZ RUEDA. *EL OCASO DE OCCIDENTE*. 413 PP., BARCELONA, 2015: EDITORIAL HERDER.

Jorge Retamal Cañas

*Pontificia Universidad Católica de Chile*<sup>1</sup>

En *El ocaso de Occidente*, Luis Sáez Rueda reflexiona sobre el fundamento de la crisis en que se encuentra la civilización occidental como resultado del desfallecimiento de la riqueza y vivacidad del trasfondo cultural desde el cual surgen las diversas formas de vida, comprensiones de mundo y expectativas valorativas, sobre las cuales se erige la comunidad. Desbordado por la diversidad de fenómenos socio-políticos que nos aquejan en la actualidad, el suelo experiencial de la cultura se nos ha vuelto cada vez más ajeno. ¿Cómo reencontrarnos con el fondo cultural que nos constituye como comunidad de manera de comprender, penetrando en él, la crisis en la que se encuentra occidente? A través de una discusión fluida con el pensamiento contemporáneo, el libro de Sáez Rueda arroja luces sobre la crisis de nuestro mundo cultural en su presente histórico, distinguiéndose como un ejercicio de estilo y creatividad filosófica.

*El ocaso de Occidente* se compone de dos partes en las que se abordan los principales ejes temáticos de la investigación. En la primera parte titulada *Vida y génesis de la cultura*, Sáez Rueda emprende la tarea de determinar el sentido fundamental de aquello que entendemos por cultura, esclareciendo en qué consiste su devenir y constitución estructural. El autor elabora una interpretación de la cultura como génesis auto-creadora o *physis cultural*, por cuya potencialidad se forja mundo y cuya fuerza generadora no sigue la determinación de una legalidad preexistente, sino que discurre en una tensión constante de fuerzas, que el autor denomina como *caosmosis*. En la segunda parte titulada *Crisis y enfermedad de occidente* se intenta discernir el sentido del ocaso que afecta actualmente a la cultura occidental. El autor formula aquí la tesis principal de su ensayo, a saber, que la crisis tiene su fundamento en el motor de la génesis cultural, en una pérdida de su poder auto-creativo que el autor denomina como *agenesia*. El texto de Sáez Rueda toma como punto de partida un análisis ontológico de nuestro modo de convivir en la cultura y elabora dos ideas centrales que se extenderán como claves interpretativas a lo largo de todo el texto: la comprensión de la realidad como un plexo problemático de fuerzas en constante devenir y la interpretación del carácter fundamental de la condición humana en términos de su ser-errático.

---

<sup>1</sup> Programa de Doctorado en Filosofía. E-mail: [jorgeretamalcanas@gmail.com](mailto:jorgeretamalcanas@gmail.com)

El autor introduce un paradigma ontológico con el que concibe la estructura interna de la realidad como un conjunto de fuerzas heterogéneas que se afectan y se dejan afectar. En toda realidad habría una dimensión intensiva invisible y una dimensión extensiva visible, que se materializaría en una exterioridad encarnada y configuraría una forma de respuesta que mantendría injertada en su materialización esa dimensión invisible, del mismo modo como “las fuerzas del viento se materializan en el oleaje del mar: las olas son soluciones genéricas que incorporan y dan forma material a la problematicidad intensiva que forma la ventisca y que se entretije con la del estado del agua” (p. 188). A partir de esta idea el autor sostiene que la totalidad cultural posee la forma de un *caosmos*, un entramado unitario que articula dos estratos heterogéneos en permanente tensión. Por un lado, una dimensión genésica de fuerzas que tienden a transformarse, lo que la filosofía medieval denominaría como *natura naturans*, la cuales crean cultura que se efectúa fácticamente. Por otro, un estrato en superficie, una *natura naturata*, donde las tendencias culturales se encarnan en unidades sociales e instituciones políticas concretas, que el autor denomina como “zonas epocales”.

En su estrato genésico el discurrir caosmótico de la cultura no apuntaría hacia ninguna finalidad concreta, sino que tendería hacia un “impulso a más vida, a su intensificación, que es un esfuerzo permanente por *sobre-serse* [...] una potencia de ser, responsable de sus crecidas o decrecidas, de sus expansiones o retraimientos” (p. 28). La cultura estaría determinada por una dinámica autopoietica, que le impulsa a una auto-transformación cualitativa en búsqueda de intensificación de vida, siendo capaz de crear normatividad sin un principio primero ni una finalidad preexistente. Esto es lo que el autor denomina como *physis cultural* o *ser-salvaje* de la cultura.

Sobre este modelo del caosmos Sáez Rueda desarrolla una interpretación del carácter fundamental “de la vida del colectivo humano en cuanto cultura” (p. 23) en términos de su ser-errático. Concepto que mienta la condición de estar arrojado del ser humano a su propia libertad auto-creadora y que se articula en la tensión estructural entre dos dinámicas disímiles: una centricidad, que caracteriza el habitar o estar arraigado en un determinado contexto de sentido y, como contraparte, una excentricidad, un des-habitar o movimiento en el que el ser humano se “extradita hacia la creación de una nueva tierra” (p. 24). Esta última tendencia es una forma de experiencia de extrañamiento que impulsa al hombre a salir del habitar centrado en la cultura, abriéndosele la posibilidad de descentrarse interrogativamente con respecto al contexto cultural en el que está situado. De acuerdo a esto, el ser humano no sería un ser anclado a un lugar fijo en el mundo, sino que sería un “ser-en-tránsito” que discurre entre el mundo cultural al que pertenece - y del que tiene la posibilidad de extrañarse - y el mundo al que se dirige y que todavía no ha llegado a ser.



Para Sáez Rueda la comunidad constituiría la dimensión céntrica de la cultura, mientras que la noción de pueblo mentaría su dimensión ex-céntrica. Un pueblo estaría llamado a configurar una comunidad, pero al mismo tiempo estaría impulsado a trascenderla. Resulta particularmente interesante la discusión que el autor mantiene con respecto a la noción de comunidad con los planteamientos de Jean-Luc Nancy y Roberto Espósito, quienes ponen énfasis en la posibilidad de pensar una comunidad abierta, infinita y autocreadora. Estas filosofías de la comunidad serían todavía dependientes, de acuerdo al autor, de “la centralidad del habitar humano en un mundo de sentido (que) olvida la dimensión excéntrica, cuyo agente es el pueblo” (p. 24).

¿En qué consistiría entonces el ocaso de occidente? En la pérdida del poder auto-creativo de nuestro trasfondo cultural, fenómeno que el autor denomina como *agenesia*. Este fenómeno impediría comprender el surgimiento de nuevos plexos problemáticos desde el estrato intensivo de la cultura y para los que el espacio sociopolítico sería incapaz de generar posibilidades de transformación cualitativamente nuevas, convirtiendo nuestras comunidades en sociedades estacionarias. El hombre occidental permanecería ciego ante lo que acontece, “céntricamente inmerso en su in-potencia, no ha dejado crecer en su mirada ese brillo excéntrico de la auto-aprehensión despierta” (p. 181), viviendo en un “desasimiento con respecto a la problemática cultural de su época” (*loc. cit.*).

El devenir de la cultura se orientaría unilateralmente en nuestro tiempo hacia el aseguramiento de las condiciones materiales para una supervivencia meramente cuantitativa. A pesar de que en su estrato genésico más profundo la cultura nos impulsa a la forja de una realidad nueva que transforme nuestro *modus vivendi*, el *modus operandi* de nuestra civilización ahogaría toda posibilidad de transformación cualitativa de nuestro modo de vida comunitario. Expandiéndose impulsivamente hacia un crecimiento cuantitativo, nuestras sociedades generan procesos de administración y control que tienden a la autonomización de la praxis, los cuales penetran en el estrato subterráneo de la cultura, sustituyendo la dinámica de relaciones diferenciales de fuerzas auto-transformadoras. A este proceso reductivo el autor lo llama “génesis autófaga”, a saber, una forma de generación sociocultural que devora, haciendo desfallecer, sus propias potencialidades creativas, transformando la tensión genésica pueblo-comunidad en mera acopladura maquina, desde la que no puede surgir nada cualitativamente nuevo y sustituyendo la interpenetración de individualidades personales en la colectividad por relaciones de carácter transaccional.

La civilización occidental centraría su preocupación exclusivamente en el plano de los procesos sociopolíticos, a saber, en la crisis de nuestras instituciones democráticas, en la expansión sin límites del sistema económico neoliberal, en la

exacerbación de modos de relación marcados por el consumismo, etc. Pero el plexo problemático que se despliega en el estrato más profundo de nuestro mundo cultural permanece inadvertido, en dónde un impulso de dominio de la naturaleza, guiado por una racionalidad instrumental, ha terminado por cosificar al hombre arrebatándole su propia autonomía.

No obstante, “toda crisis abre, al mismo tiempo, el *kairós*, el momento oportuno, para una revitalización capaz de generar una nueva posibilidad” (p. 181) ¿Cómo pensar este *kairós*, la posibilidad de transformación radical que comporta toda crisis? En el capítulo final del texto “Luces de aurora” se aborda, de manera exploratoria, la potencialidad crítica del pensamiento filosófico como forma de pensar este momento kairológico. De acuerdo a Sáez Rueda, el inductor de la crisis de occidente radica en una necesidad, fenómeno que no consiste en una mera falta de inteligencia, sino en un desfallecimiento de lucidez, potencia necesaria para reconocer la problematicidad que subyace en nuestro trasfondo cultural. En este sentido, el autor adelanta la necesidad de desarrollar un “pensamiento pro-barroco” (pp. 353-378), en el que ya no se conciba el devenir cultural exclusivamente en términos de un progreso cuantitativo y que comprenda nuestro mundo cultural como pluralidad y diversidad, cuya riqueza no radicaría en la preexistencia de una unidad o fundamento último de lo real. Asimismo, el autor enfatiza una revitalización del carácter trágico del pensamiento filosófico (pp. 379-391), en el que se plantean contradicciones irresolubles, pero desde cuya tensión surgiría la auténtica potencia del pensar.